

# El destino de Mola

Josep Carles Clemente

*EL general Emilio Mola Vidal, una de las piezas claves de la sublevación militar contra la República en 1936, fue testigo excepcional de la caída de la monarquía alfonsina desde su puesto de Director General de Seguridad en los gobiernos del general Berenguer y del almirante Aznar. Es decir, accedió a este cargo a la caída de la Dictadura del también general Primo de Rivera y permaneció en él hasta el 14 de abril de 1931, en que se proclamó la II República.*

**P**OCO tiempo más tarde daba a la imprenta sus Memorias de esta época, cuyo primer libro vio la luz en enero de 1933 bajo el título de «Lo que yo supe...». Ahora se acaban de reeditar estas Memorias completadas con los dos libros restantes: «Tempestad, calma, intrigas y crisis...» y «El derrumbamiento de la Monarquía» (1).

El régimen monárquico alfonsino, inaugurado con el período de la Restauración y con el sistema canovista, había llegado en 1931 a tal estado de descomposición que la llegada de la República era algo que todos esperaban y veían como normal. La corrupción económica y política de los partidos turnantes eran la base sobre la que se asentaba el sistema. El cacique era la figura-eje sobre la que se

montaban los remedos de elecciones «democráticas» controladas por el muñidor Romero Robledo desde la Dirección General de Seguridad. Mientras en Madrid se repartían cargos y prebendas, en «provincias» las masas obreras y campesinas sufrían sin remedio el malgobierno y la explotación de la oligarquía fuertemente instalada. Tanto Alfonso XII como Alfonso XIII no se preocuparon lo más mínimo por aliviar la desesperante situación del proletariado urbano y la del jornalero del campo. Los gestos sociales de los monarcas no llegaron más allá de repartir su pitillo con algún chulo ventero o beber vino de la bota de un albañil.

La dictadura del general Primo de Rivera no aportó las soluciones que se necesitaban:

eran los mismos de siempre pero con otras caretas. Y lo que era lógico sucedió: La Monarquía se derrumbó con la alegría y el regocijo general. El propio Mola lo dice en sus escritos: «El Destino —que a veces deja de la mano a sus protegidos, llevó a desempeñar el cargo de director de Seguridad quizá en el período más crítico de nuestra historia contemporánea, cuando ya el régimen monárquico agonizaba, cuando todo, absolutamente todo, estaba minado por un sentimiento, más que republicano, de hostilidad hacia la persona del Rey, que no supo o no quiso darse cuenta de que las instituciones, por seculares que sean, han de marchar al ritmo de los tiempos». Y tenía razón. La República la trajeron los propios errores de los monárquicos y



del Rey. Algunos de ellos, como Alcalá Zamora y Maura, formaron en el primer gobierno provisional republicano.

Los datos y el material que aporta Mola en su texto son de un valor inapreciable para el historiador. La red de informaciones policiales y las conexiones internacionales del espionaje de la época, son minuciosamente detallados por el general. También son de interés los retratos personales que Mola efectúa de los políticos de su tiempo: Romanones, Berenguer, Primo de Rivera, Aznar, Maura, Alcalá Zamora, Azaña, Lerroux, etc.

El mundo de la confidencia y de la corrupción es otro aspecto de la obra del general Mola que no nos deja de sorprender. La corrupción alfonsina había llegado hasta los más pequeños escalones del funcionariado policial. Las envidias, los bulos, el soborno y los anónimos era el lógico resultado de la propia esencia del régimen.

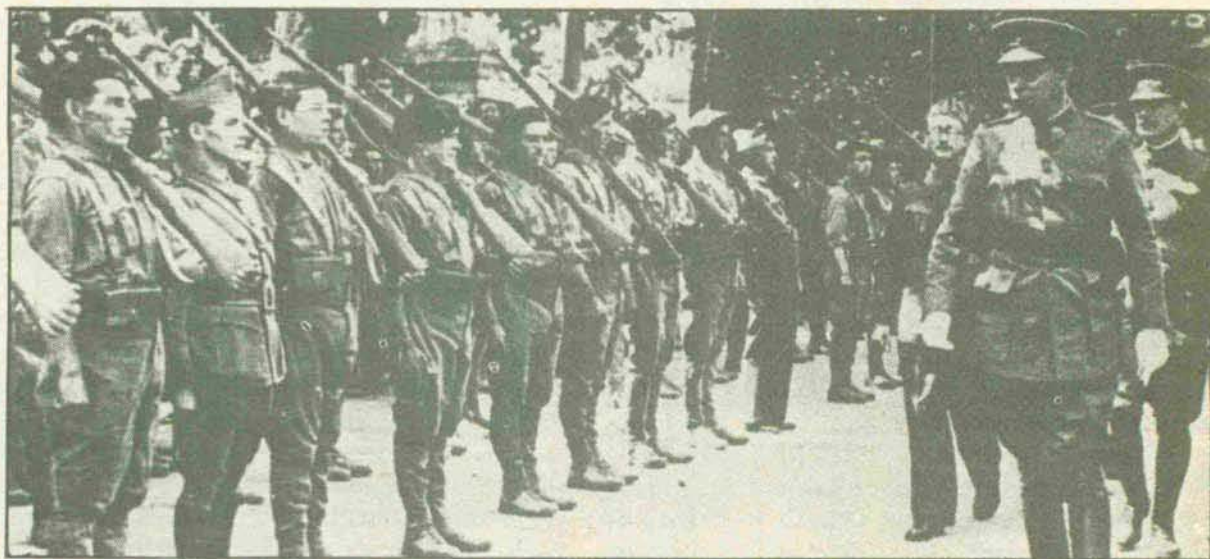
Lo que sí sorprende es la escasa información y valoración de dos hechos políticos de gran importancia que se reflejan en las opiniones de Mola: el movimiento obrero —y en particular la central sindical anarquista CNT— y los nacio-

nalismos vasco y catalán. Un hombre como este general que pasaba por poseer una cierta preparación intelectual y cultural poco común dentro del Ejército, no llegó a entender nunca los razonamientos y las bases doctrinales de ambos movimientos. Quizá a Mola no le interesaban lo más mínimo la situación del obrero ni las aspiraciones de los regionalistas y nacionalistas. Para el general, el anarquismo no era otra cosa que la bomba y el sabotaje. Y el nacionalismo, el interés egoísta de cuatro industriales. No es de extrañar, pues, que con tal bagaje y mentalidad política en los hombres que servían a la Monarquía, ésta llegara a hundirse ante la total indiferencia de todo el pueblo español.

Mola no creía en la democracia, a pesar de que ésta estaba pilotada por una burguesía republicana que servía de muro de contención a las ansias revolucionarias de una buena parte del pueblo. La frase con que el general termina sus Memorias es suficientemente ilustrativa al respecto: «¡Oh, impávido farolillo de la inteligencia que alumbras mi razón! ¿A dónde me llevas por el camino de las reflexiones? ¿A descubrirme que el tinglado de la Demo-

cracia tiene por base un absurdo? ¡Basta! ¡Húndete en las tinieblas! No quiero saber más. Hernán Cortés quemó sus naves de madera. Yo temo imitarle haciendo otro tanto con mis ilusiones...». Quizá ya hervía en su subconsciente la idea de rebelarse contra el régimen que, después de rehabilitarle y concederle importantes cargos en la escala militar republicana, conspiró y se rebeló contra el sistema legalmente constituido, iniciando una larga y cruenta guerra civil de graves consecuencias para el futuro político del pueblo español.

El texto, dignamente reeditado por Planeta, va acompañado de una importante aportación gráfica, de varios apéndices documentales y de un índice onomástico muy útiles. El estilo de Mola no es un dechado de pulcritud lingüística, pero cumple fielmente el objetivo inicial por el que fue escrito: «el hacer un relato de nuestra gestión al frente de dicho Centro (la Dirección General de Seguridad), poniendo de manifiesto los hechos». Aunque el tono general del texto parece más una defensa ante los ataques de que fue objeto por su actuación policial, su testimonio es de un valor cierto e incuestionable para el historiador. ■ J. C. C.



El general Mola revistando a voluntarios requetés en los primeros días de la guerra civil.